

EMILIA PARDO UMAÑA: MEMORIAS DE LA PRIMERA COLUMNISTA COLOMBIANA *

Emilia Pardo Umaña: Memories of The First Colombian Female Columnist

Lina Patricia Flórez Giraldo.

Periodista, Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia, 2010.

canelaflorez@gmail.com

Correspondencia: Calle 48C #77-37 Apto.501 Medellín, Colombia.

Pablo Pérez P.

Periodista, Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia, 2010.

thardor@gmail.com

Correspondencia: Calle 77 # 50-100 Itagüí, Colombia.

* Este artículo es producto del trabajo de grado *Emilia Pardo Umaña, vida y obra de la primera mujer periodista en Colombia 1907-1961*. Realizado por Lina Flórez G. y Pablo Pérez P., para optar al título de periodistas. Asesorado por Patricia Nieto Nieto y Maryluz Vallejo Mejía. Universidad de Antioquia, 2010. La tesis recibió mención especial. Página Web: <http://emiliapardoumana.blogspot.com/p/obra.html>.

RESUMEN

Emilia Pardo Umaña (1907-1961), es una mujer importante en la historia del periodismo de opinión colombiano, quien durante treinta años de vida profesional se desarrolló principalmente en los terrenos de la columna de opinión, destacándose por su versatilidad a la hora de elegir y abordar los más diversos temas con una singular argumentación. Una de sus grandes habilidades fue la de estar en consonancia con su público, interpretar sus intereses y traducirlos en columnas que resonaron entre sus lectores. Como columnista pasaba de la crítica a la burla en temas que iban de la política, a la vida cotidiana. Como reportera fue la primera mujer en la historia de Colombia en participar activamente en una sala de redacción, buscando fuentes, investigando, caminando las calles de Bogotá. Como cronista deslumbró por su estilo narrativo, íntimo e inteligente. Como mujer rompió esquemas al no dejarse encasillar en la posición servil y silente que la sociedad les daba a las mujeres de su época.

Palabras clave: periodismo, historia, opinión, género.

ABSTRACT

Emilia Pardo Umaña (1907-1961) was an important woman in the history of Colombian opinion journalism. For thirty years of professional life, she worked mainly on the field of opinion columnist and was notable for her versatility when choosing different topics that she developed with original arguments. One of her greatest skills was to be consistent with her audience, interpreting and translating their interests into articles that resonated with her readers. As a columnist, she went from criticism to irony in matters ranging from politics to everyday life. As a reporter, she was the first woman in the history of Colombia to actively participate in a newsroom, looking for sources, researching, walking the streets of Bogota. As a chronicler, she dazzled with her narrative style, intimate and intelligent. As a woman, she broke schemes to avoid being typecast in the silent servile position that society gave to women of her time.

Key words: Journalism, History, Opinion, Gender.

Recibido: 22 de marzo de 2012

Aprobado: 18 de abril de 2012

¿Quién ha dicho que la prensa es el cuarto poder? ¿Quién afirma que el periodista tiene una gran influencia sobre sus lectores? Pamplinas... Y lo grave no es por nosotros, los cronistas ligeros, sino por vosotros, amigos, los editorialistas profundos. Porque si bien es cierto que el público lector, al terminar de leer nuestras paparruchas nos ama de corazón, si está de acuerdo; o nos odia desde lo profundo de las entrañas si está en desacuerdo, de todos modos nos olvida en el plazo máximo de dos segundos.

Emilia Pardo Umaña. El Espectador, julio 7 de 1942

El 18 de diciembre de 1961 es una fecha memorable en los anales de la historia periodística colombiana, ese día se dieron dos eventos notables. El primero, el arribo al país del presidente John F. Kennedy, quien realizaba una gira de estado por Puerto Rico, Venezuela y Colombia, países demócratas antagónicos del creciente comunismo castrista. Éste hecho ocupó todas las páginas de los principales medios nacionales, y no era para menos, él fue el segundo presidente estadounidense en pisar nuestro suelo y el primero en visitar Santa fe de Bogotá. La prensa nacional, cuyo epicentro se hallaba en la capital, no escatimó reporteros, papel, ni tinta, para seguir el periplo de J.F.K por la vieja Santa Fe.

El segundo evento, gracias a la sombra proyectada por J.F.K. pasó desapercibido por completo para los reporteros capitalinos. Ese mismo día, en el edificio Cudecom, ubicado sobre la Avenida Caracas con Calle 19, a los 54 años de edad, fallecía Emilia Pardo Umaña. Emilia—que hoy es tímidamente recordada como la primera mujer en ejercer profesionalmente el periodismo en Colombia—, murió aquel día en soledad, sin despedidas, “la sorprendió un infarto pero no a traición: metida entre su cama prendió un cigarrillo que se consumió solo, porque ella se quedó eternamente dormida con su inseparable pitillera entre los dedos” (Pardo, 1984, p.8).

Meses antes de ésta fecha, Emilia Pardo comenzó a alejarse del mundo periodístico en el que brilló a lo largo de las décadas del 30 y 40 como una notable columnista de opinión. Gracias a los efectos acumulativos de su amado vicio: el cigarrillo; y un profundo distanciamiento con una Bogotá en franca modernización que chocaba con sus valores conservadores, se sumió en un ostracismo auto impuesto, en el que se marchitó la mujer que en 1944 fuera llamada por el periódico el Siglo: “la mejor periodista colombiana” (El Siglo, 1944, 17 de junio, p. 1).

“Todos nos vamos enfermando, eso no es por el esfuerzo rendido según los que van obrando, ni por la vagancia que los puritanos decretan como origen de todos los males y, de pasada, de los físicos también. Lo que enferma no es pensar, ni calcular acertadamente, ni trabajar bien, ni rendir unas veces por días y noches un esfuerzo tremendo pidiendo reserva a los nervios que, al fin

y al cabo, para eso son: para darlas. Lo que enferma es sencillamente la vida que al ir corriendo se va gastando” (Pardo, 1957, 4 de noviembre, p. 5).

La soledad fue siempre compañera de Emilia, pero ésta no estuvo ligada al sufrimiento, fue el zócalo sobre el que cimentó una personalidad revolucionaria, valiente, inteligente, egoísta, independiente... calificativos que durante la primera mitad del siglo XX no estaban ligados al ideal de mujer que la sociedad colombiana y santafereña demandaban. Esa combinación de cualidades fue la que permitió que en 1934, Emilia, iniciara su carrera como periodista, oficio insólito hasta entonces para una dama; fue su personalidad única, la que le llevó a escribir diariamente a lo largo de 27 años de trayectoria. “Había en Emilia una de las inteligencias más vivas, ágiles y originales que nos haya sido dado conocer en el largo curso de nuestro forzoso trato, por razón del oficio, con los valores intelectuales del país; y quizás no exageramos en afirmar que la inteligencia femenina tuvo en Colombia su más sorprendente revelación cuando esta extraordinaria mujer empezó a manejar, por mera casualidad, una pluma y a escribir para los periódicos” (El Espectador, 1961, 20 de diciembre, p.3).

Sólo dos días después de su muerte, el miércoles 20 de diciembre de 1961, la familia Pardo Umaña, los medios, colegas y amigos se enteran del hecho. El portero del edificio Cudecom fue el primero en sospechar la tragedia y telefona a Cecilia Pardo Umaña, hermana de Emilia y le dice: “que hacía dos días Emilia no entraba ni salía, ni nada, y que estaba muy preocupado, que qué hacía. Entonces fueron y tumbaron la puerta y la encontraron muerta. Es para que veas la soledad de Emilia” (Del Castillo, 2010).

Ese mismo día los diarios El Espectador, El Siglo y El Tiempo, en los que Emilia se desempeñó como periodista, la despiden sencillamente, prometiendo a los lectores realizar un homenaje justo a este personaje en días próximos. Sin embargo tales homenajes no llegan al papel y se realizan sólo en la intimidad de las tertulias donde sus colegas cruzan elogios e historias sobre “Joya”, como era llamada Emilia por Lucas Caballero Calderón, uno de los muchos amigos con los que compartió los vaivenes de la vida periodística. Gracias a la naturaleza del periodismo el recuerdo de Emilia se diluye rápidamente, tal como ella misma lo decía, la noticia “dura 24 horas, del momento de engendrarla al momento de olvidarla” (Pardo, 1956, 24 de enero, p. 8). Siendo Emilia una mujer de formación conservadora, amante de la calma, la tradición, las cosas hechas pausada y tranquilamente, gozó en cambio de una vida liberal, apresurada, experimentó una libertad vetada a su género en su momento, viajó por el país y el mundo en busca de aventuras periodísticas, renegó de tradiciones como el matrimonio o la conveniencia económica y al

terminar sus días, a los 54 años, sus palabras parecían las de una persona con mucha más edad. Tal fue su irreverencia que se adelantó a su propia muerte, y en 1937, cuando apenas comenzaba su carrera, dejó a sus lectores un epitafio, llamado auto-necrología, en el que plasmó lo que debía ser dicho tras su deceso.

“Detesto los apóstoles de cualquier idea, los parientes, todo ser en general que se haga digno de una necrología y los pobres de espíritu ¡aunque de ellos sea el reino de los cielos! Entre las cualidades morales ambiciono la máxima capacidad de pereza y los movimientos lentos y sugestivos de las manos. Y por la utilidad indiscutible que proporcionan, admiro la mentira y la vanidad. Entre mis cualidades aprecio más que ninguna una excesiva nerviosidad que me permite guardar armónica relación con mis conciudadanos, que no pecan de cuerdos en su mayoría.

Además, soy un “hueso”, como podrá comprobarse poco después de mi muerte, o simplemente observando la calavera que he dejado sobre mi mesa con el autógrafa de Alberto Arango. Todo lo que he afirmado y seguiré afirmando desde estas columnas no lo sé con seguridad; y mis originales ideas las he ido formando con alas de cucaracha o sea con trozos de ideas ajenas. Soy un violín prestado, según afirma Germán Ortega, pero explotado a conciencia. Y nada más, de modo que no calumniarme, ¿eh? Hasta mañana o hasta la eternidad, lectores” (Pardo, 1937, 10 de julio, p.8).

De los salones de té a las salas de redacción

Después de estudiar en el Sagrado Corazón y finalizar la formación particular que su padre, Luis Pardo, le facilitó con tutores como Víctor E. Caro y el Doctor Rubio Marroquí, quienes enseñaron a Emilia, latín, griego, matemáticas y literatura; Emilia o “El Patas” como le llamaba su madre, María Umaña de Pardo, chocó con la limitada realidad que esperaba a la mujer adulta de su época. Tres caminos eran posibles, el matrimonio y ser madre-ama de casa, la vida religiosa como monja o dedicarse al servicio social como enfermera.

Emilia optó por la enfermería y estudió en el Hospital San José, sin embargo, rápidamente esta profesión queda atrás, no encuentra en ella emoción o aventura. Así que a los 27 años, con pocos espacios de acción y oficios en los cuales desenvolverse, termina sentada en los salones de té, dedicada al bridge, ocupando las largas tardes de la monótona Bogotá en tertulias sobre la vida social. Años después, en 1956, en una serie de reportajes autobiográficos titulados: Memorias de un mal periodista, escritos para el periódico El Mercurio, Emilia Pardo confiesa que fue en éstas largas tertulias, donde encontró la puerta para descubrir la que sería su gran pasión: el periodismo.

“Una noche en el Hotel Regina, en la esquina sur oriental del parque de Santander, jugábamos Bridge calmadamente Merceditas Borrero de Obregón, Carlos Obregón Arjona, Camila Suárez y yo. (...) En ese momento Camila Suárez me dijo:

—¿Sabes que Lucía Echeverri me dijo que en *El Espectador* necesitaban una muchacha activa, inteligente, que se hiciera cargo de la vida social? Dije que tú serías la indicada...

—Yo, que en ese momento no tenía que jugar, me levanté y me fui ante la chimenea a charlar con Clara Inés Suárez de Zawadsky, que estaba también en el hotel. Conversé un rato hasta que me llamaron a jugar; se dieron las cartas y en tanto las arreglábamos Camila insistió.

—No, Camila, no digas tonterías. En los periódicos, al menos escribiendo, no trabajan sino hombres. Yo no sirvo para eso...

—¿Por qué no? —Preguntó Carlos Obregón—, ¿Por qué no vas a servir?

—No sé de ninguna mujer que trabaje para un periódico.

—¿Y tú necesitas saber eso?

Al día siguiente me llamó un ser humano que me dijo llamarse Alberto Galindo, jefe de redacción de *El Espectador*. Quería hablar conmigo. Fui, porque, como dice Claudio Sánchez, uno de los mejores amigos que la vida puede depararle a nadie, “tú, lo que tienes —afirma—, es un endiablado espíritu de investigación; todo quieres comprobarlo especialmente si es distinto. Y eso no lo aprueba este medio”. Fui, creo que por eso.

El Espectador funcionaba en una vieja casa con frente sobre la Carrera Séptima que casi hacía esquina sobre la Avenida Jiménez de Quesada. Era una casa destartalada de la que no servía sino el sitio; entré a un salón, en el que de lado y lado había máquinas de escribir y unos mozos que me miraron con cierta discreción, gesto que es muy periodístico. Galindo en cuanto me presenté entró en el tema, cosa que me gustó:

—¿Sabe usted inglés?

—No, no sé.

—¿Alemán?

—Ni idea.

—¿Mecanografía?

—No... Realmente no.

—¿Taquigrafía?

Pensé que era absolutamente imposible llegar a allí como una muchacha muy capacitada y resultar con que no sabía nada de nada. Muy fresca contesté —y de eso sí es verdad que no tengo idea—:

—Sí, de eso sí sé.

Me explicó mis obligaciones; hacer la Vida Social, tomar en taquigrafía los editoriales de Luis Cano, —que sabía escribir pero no dictar— luego Galindo

también se estaba extralimitando, y... y nada más. Me pagarían setenta pesos mensuales que, por raro que parezca no era malo. Me hicieron entrar en una oficinita que quedaba al lado de la de don Luis, me pusieron por delante una máquina de escribir y... a trabajar” (Pardo, 1956, 14 de enero, p.8).

Esto sucedió en 1934, Santa Fe de Bogotá era un pueblo que giraba alrededor de la Carrera Séptima y el cruce con la recién canalizada Avenida Jiménez, aquella era llamada la mejor esquina del país, “allí funcionaban los dos principales periódicos, el matinal *El Tiempo* y el vespertino *El Espectador*, que se imprimían en la misma rotativa. Ambos liberales, en los años de efervescencia que seguían a una larga época de gobiernos conservadores” (Salgar, 1999, p. 79-80).

En aquella esquina nació el ambiente de agitación intelectual y política en el que Bogotá cimentó su paso de villorrio a pueblo, en ese contexto es acogida Emilia, e ingresa a la prensa a trabajar en las páginas sociales.

Al principio redacta notas cortas sobre urbanidad, etiqueta, buenas costumbres, defunciones, nacimientos, bodas, y algunos espectáculos para *El Espectador*. “Sus amistades le daban los datos sobre fiestas, viajes, enfermos, nacimientos. El movimiento de los pasajeros lo tomaba, por teléfono, en los hoteles” (Hoffman, 1944, 29 de abril, p. 8 y 14). Aquello era lo que buscaba *El Espectador*, una señorita de clase alta, bien conectada, que les permitiera ampliar su sección y mostrar en ella el acontecer social de la ciudad.

Rápidamente Emilia dio de que hablar, no sólo en las reuniones sociales y en el cotilleo de las matronas que se quejaban del atrevimiento de la señorita Emilia, quien siendo una muchacha bien, aparte de trabajar, lo hacía en un terreno puramente masculino. Los comentarios también venían de sus colegas, quienes advirtieron el talento y el creciente goce que la Pardo Umaña mostró por el periodismo.

“Alberto Galindo fue quién la “descubrió”, como descubrió a Álvaro Pérez, como hubiera descubierto a Carlos Puyo Delgado. Porque los tres son de la misma escuela periodística: con “madera de periodistas” (Hoffman, 1944, 29 de abril, pp. 8 y 14). Galindo, el editor que la llamó a ser parte del periódico, hombre apasionado por su oficio, ágil y alerta, confiando en las habilidades de esta mujer de un metro cuarenta y nueve de estatura, le entrega poco a poco más líneas en sus páginas. Hasta que el 12 de octubre de 1934, por orden del editor redacta su primera noticia, sencilla, su debut en la faena cotidiana de la reportería. “Emilia escribe su primera nota sobre un tema bastante edificante: pide que el público apoye a un grupo de “boy-scouts” que en esos días se entrega a recolectar fondos para la navidad de los niños pobres. Este llamamiento caritativo no tiene firma” (Hoffman, 1944, 29 de abril, pp. 8 y 14).

Esta primera nota aparece en la columna central de Vida Social, que hasta entonces no había pasado de ser mero depósito para la programación cultural, desde este momento la sección se hace más atractiva para los lectores. Con la llegada del año nuevo de 1935 la formación periodística de Emilia se hace intensa, los directores Gabriel y Luis Cano, junto con Alberto Galindo, le ayudan en su proceso de aprendizaje, pulen sus aristas, promueven discusiones, afinan sus sentidos, encausándola hacia lo que es, ya sin dudas, su vocación.

En adelante la carrera de Emilia se dispara, el 4 de marzo de 1935 aparece una pequeña cabeza tipográfica al final de la nota en la columna central de la página social, con la firma: “Por Emilia”, su primera columna firmada se titula *Contra los toros*, título irónico, pues la otra gran pasión de Emilia siempre fue la tauromaquia. Para 1936 es ascendida a editora de la página social de *El Espectador* y el 8 de mayo de ese año aparece una columna titulada *Ki-Ki doctora en amor, Consultorio sentimental*; el consultorio traza otra época novedosa en el diario vespertino. En esta sección un personaje ficticio llamado la doctora Ki-Ki responde con humor y sentido común las cartas de mujeres y hombres que buscan en la doctora quién les ayude a llevar mejor sus problemas amorosos, Emilia es la creadora de este personaje y con la ayuda de sus compañeros periodistas redacta las ingeniosas respuestas que el público da por ciertas. Su trabajo y compromiso constante no disminuyen y el 26 de enero de 1938, su firma deja de ser el remate de columna y pasa a ser el encabezado de la columna central. En este punto el temario abordado por Emilia desbordaba lo social; la política, la economía y las ciencias eran ya invitados regulares de su espacio en la página 11 del periódico, pero un año más pasaría para la victoria definitiva de Emilia Pardo Umaña en *El Espectador*.

El reconocimiento categórico de sus compañeros y jefes llegó el 3 de julio de 1939, cuando la columna de Emilia pasa de la página social, la número once, a la página cuatro, la página Editorial. Su voz como reportera, cronista y mujer está ahora a la altura de Luis Cano, Lucas Caballero, Luis Obando, Eduardo Rodríguez Ramírez, Hernando Veja Escobar. Ahora está en la plana central del periódico y este día tan importante no se molesta en hablar de coyunturas políticas, de la noticia del día o de su ascenso. Emilia, hace gala de su humor santafereño y escoge un tema insólito para la sección de opinión, el tema que aborda es el de los golpeadores, pequeños instrumentos de metal que permiten llamar a la puerta. Valida así, desde su columna, los asuntos cotidianos, dando importancia a situaciones a las que se enfrentan a diario los ciudadanos, situaciones que a todos compete, pero que ningún otro periodista se había atrevido a dar relevancia, menos en ese espacio sagrado de la página editorial.

“La columna de Emilia poco a poco, ha ido extendiéndose, explayándose, avanzando en el terreno sigilosamente, con cautela, a la manera de los soldados

de las patrullas de exploración, con un lento y silencioso avance de felino. Ya no son unas cortas pulgadas de columnas. Son extensos decímetros a dos columnas. El número de páginas del diario no se puede aumentar. Entonces se resuelve abrir campo a las notas sociales y dar un golpe periodístico pasando a Emilia a la página editorial, junto a don Luis Cano, a las crónicas extranjeras, a los colaboradores de mayor renombre. Hay fiestas, felicitaciones, elogios y principia una época inolvidable para el periódico de los hermanos Cano” (Hoffman, 1944, 29 de abril, pp. 8 y 14).

Reconocida la importancia que tenía dentro de la maquinaria creativa de *El Espectador*, Emilia se distinguió entre sus colegas, a lo largo de 10 años de carrera en este periódico, por su entusiasmo al estudiar y buscar la renovación de las formas a través de las cuales se desarrollaba el periodismo, y en su caso particular, la columna como género. Romper la forma anquilosada y rígida que la opinión tenía hasta ese momento fue su interés; no le gustaba ser encasillada y su búsqueda constante por temas y tratamientos de toda índole fue muestra de su versatilidad y capacidad de análisis. Versatilidad que logró imprimir en *El Espectador*, y para gusto o disgusto de quienes la leían, permeó el periodismo colombiano dándole una vitalidad que no conocía hasta entonces. Informar, orientar, entretener, deleitar, convencer, persuadir y hasta estar en posesión de la verdad, fueron preocupaciones de las columnas de Emilia.

Para 1944 el país vivió una intensa agitación política, la crisis entre los partidos Liberal y Conservador se tornó intensa, y Emilia, declarada conservadora, no puede aislarse de esta realidad y afila en su columna las críticas contra el gobierno liberal de Alfonso López. Por su parte Luis y Gabriel Cano, amigos cercanos del presidente López Pumarejo, y directivos de un periódico liberal, se ven en la obligación de defender su partido y posición política. Las continuas tensiones y disputas entre Laureano Gómez y Alfonso López, permean el periódico y los Cano toman la decisión de pedirle a Emilia que abandone *El Espectador* y se marche para *El Siglo*, periódico conservador dirigido por Laureano.

Con profundo afecto y respeto por Luis y Gabriel Cano, sus maestros y amigos, Emilia decide aceptar el consejo de su director y abandona *El Espectador* el 14 de junio de 1944, tras 10 años de trabajo ininterrumpido. De allí sale para el periódico *El Siglo*, no sin antes despedirse, entre lágrimas y brindis de su gran escuela de periodismo: el periódico *El Espectador*.

Desde el campo azul

Laureano Gómez capitaliza la llegada de Emilia a *El Siglo*, en un golpe mediático que le permite realizar cambios en el número de páginas del periódico y ganar buena parte de los seguidores de las columnas de Emilia para el diario conservador. “Doña Emilia Pardo Umaña, la mejor periodista colombiana, formará parte de la

redacción de *EL SIGLO*, iniciando sus labores el próximo martes” (El Siglo, 1944, 17 de junio, p. 1). “Desde el próximo 20 de junio, *El Siglo* aparecerá en ediciones de 12 páginas con la colaboración de EMILIA” (El Siglo, 1944, 19 de junio, p. 1). La campaña de expectativa dura una semana y el martes 20 de junio de 1944 en la página 8 del diario, aparece la primera columna de Emilia para el diario, titulada: “Desde el campo azul”. Así entra a su nueva sala de redacción ganándose, como lo hiciera en *El Espectador*; un espacio desde el cual expresarse con el natural desparpajo que la caracteriza. Allí agudiza su crítica a la administración pública y a los gobernantes, la vida cotidiana es eje transversal en su obra, permeada con mayor fuerza por la política. Su postura frente a las administraciones la lleva a presentar quejas sobre los abusos que padecían los bogotanos y se esgrime como defensora del bienestar público. El tránsito, las calles en mal estado, la administración municipal y la posibilidad del voto femenino son, entre otros; algunos de los temas que aborda Emilia durante su estadía en *El Siglo*.

Reconocida como una importante periodista en el país, Emilia reflexiona constantemente sobre el quehacer periodístico, sobre la formación, el ambiente laboral, la vocación y el amor por el oficio, la ética periodística y la responsabilidad histórica de la prensa ante la patria, como medio no sólo de información, sino de educación para los ciudadanos. Pero su activismo político y su tranquilidad se ven sacudidos muy pronto, el 10 de julio de ese año, en Pasto, se da un fallido golpe contra el presidente Alfonso López, detonando una serie de hechos que finalmente llevan al exilio al jefe del partido conservador, Laureano Gómez; junto a los redactores de *El Siglo*: Emilia Pardo Umaña, Francisco Plata Bermúdez y Jaime Uribe Holguín; quienes se ven obligados a pedir asilo político en Ecuador, debido a la persecución que el gobierno liberal montó contra todo aquel que consideró un enemigo.

Mientras Emilia permanecía en Ecuador, en Colombia se llevaban a cabo una serie de Consejos de Guerra Verbales, una figura de la justicia militar encaminada a identificar y juzgar a los partícipes del golpe de estado del 10 de julio en Pasto. A Laureano, Emilia, Francisco y Jaime se les comenzó a juzgar en ausencia. Emilia, indignada ante el juicio que consideró artero, decidió regresar al país en el mes de noviembre para enfrentar al General Ocampo, fiscal que llevaba su caso, y asumir su propia defensa.

En un artículo de 1997 titulado *Desafío al machismo*, José Font Castro, amigo de Emilia, relata una de las pocas anécdotas que recrean el escenario y final de aquel Consejo de Guerra Verbal: “El segundo que se celebraba en Colombia contra una mujer. El primero fue, como se sabe, a la heroína de la independencia Policarpa Salavarrieta. (...) Emilia, a diferencia de Laureano, decidió regresar al país y afrontar la justicia militar. Asumió su propia defensa, lo cual hizo que el juicio se convirtiera en todo un espectáculo, al cual asistieron cientos de políticos y periodistas. Sus respuestas al juez y al fiscal fueron muy de la doctora “Kikí”, en

cuanto al ácido humor que destilaban. La más contundente de todas fue cuando el general que actuaba como fiscal, ya un poco fuera de sus casillas debido a las impertinencias de la enjuiciada —y con la aviesa intención de tocar lo que él falsamente suponía era su punto vulnerable— no tuvo empacho en preguntarle:

—Dígame, señorita Emilia, ¿a usted le gustan las mujeres?

La rápida respuesta acabó con la sesión, con el coronel y, de paso, con el juicio:

—A mí no, coronel. ¿Y a usted?” (Font, 1997, 1 de junio).

El juicio pierde validez por la falta de pruebas contra la acusada y rápidamente los cargos son desestimados. Emilia, y Laureano más adelante, son absueltos y regresan a Bogotá para continuar de nuevo sus quehaceres periodísticos en *El Siglo*, que continúa siendo el medio más enérgico de la oposición. El año de 1945 termina, marcando para Emilia uno de los momentos en los que con mayor fuerza se sumergió en las turbulentas aguas de la política, año en el que atacó y fue atacada sin miramientos.

Sus colaboraciones para *El Siglo* continúan hasta el 8 de agosto de 1946, cuando se publica su última nota, sale definitivamente del diario y se declara liberal irrestricta. Esta salida, como muchas otras situaciones en su vida, cuenta con algunas versiones que le agregan un poco de misterio al suceso. El hecho cierto, es que una diferencia de opiniones entre Laureano Gómez y Emilia Pardo, es el detonante para su salida del diario conservador. En el libro *Historia del Periodismo Colombiano*, Antonio Cagua Prada, su autor, narra la siguiente anécdota bajo el título *Bavaria y Pielroja*, en la que recrea el último encuentro de Emilia y Laureano.

“Al doctor Laureano Gómez (...) Precisamente en la caseta de redacción de doña Emilia Pardo Umaña, una de las primeras diaristas de carrera, quien era columnista de *El Siglo*, le agradaba tertuliar. De vez en cuando apuraba un vaso de “Bavaria” de la provisión que nunca le faltaba a doña Emilia y se fumaba un “Pielroja”. (...) La última de estas charlas tuvo lugar el 7 de agosto de 1946 por la noche. El doctor Gómez, pasó a la cabina de Emilia y al comentar sobre el gabinete designado por el Presidente Ospina Pérez, ella le dijo que no le gustaba nada y se expresó contra los nuevos ministros. El doctor Gómez no asintió sobre las críticas y esto originó la renuncia inmediata de doña Emilia, quien luego ingresó a la redacción de *El Tiempo*” (Cagua, 1968, p.294).

La segunda versión, es dada por José Font Castro, amigo íntimo de Emilia; quien trabajaba para *El Tiempo*. La escena que recuerda Font Castro, tiene un tinte un poco macabro y cuenta con muchos de los elementos de la anécdota de Cagua Prada. Gracias a una diferencia de opiniones entre Emilia y Laureano se da una discusión que detona la salida de Emilia de *El Siglo*. Pero la gravedad del hecho para Emilia es tal, que inmediatamente rompe con su afiliación conservadora y se declara liberal.

“Un buen día las dos columnas de Emilia se trasladaron a *El Siglo*, el periódico fundado por su amigo —y amigo de su familia— Laureano Gómez. Dos o tres años después llegó ella a *El Tiempo*, y pidió que le hiciéramos una entrevista en la cual ella declaraba que dejaba el Partido Conservador y se afiliaba al Partido Liberal. ¿La razón? Una escena que presencié en la redacción de *El Siglo* cuando alguien comentó que el ejército había matado el día anterior a diez niños en Líbano, Tolima. “¡Qué horror!”, comentó ella. “Ningún horror —le respondió uno de los directores del periódico— son diez liberales menos”. Fue cuando empezó a publicar sus columnas en *El Tiempo*.

La salida de *El Siglo*, es para Emilia el comienzo de una nueva etapa en su vida. Saturada de la política conservadora y su diario, lugar en el que sin hacer merecimientos encontró el exilio y el ataque artero, se declara liberal y sale en busca de nuevos espacios y aventuras, que la llevaron a *El Tiempo* y a Europa.

Llegada a la casa de los Santos

El 26 de marzo de 1947 el periódico *El Tiempo* anuncia la publicación de los reportajes de Emilia, quien se encuentra en España radicada en Madrid, ciudad que se convierte en un embeleso para ella. La entrada como corresponsal a *El Tiempo*, es facilitada por su hermano Camilo Pardo Umaña, K-milo, cronista, revistero taurino, e historiador de la Sabana, quien hace parte del cuerpo de redactores del diario liberal. Como antes, Emilia se convierte en pieza clave del diario; sus crónicas de viaje por España y las entrevistas que allí hace a figuras de la política, las ciencias y los toros —muchos de ellos amigos de Eduardo Santos—, sostienen su popularidad en Bogotá.

Su estadía en Europa se extiende por tres años (1947-1950), tiempo en el que Emilia recorre gran parte de la geografía española. Como si fuese un instrumento que no necesita en este lapso de su vida, Emilia deja de lado la columna de opinión y aparece una cronista de viajes, caracterizada por un tono suelto. Relata y describe el arte del viejo mundo, las gentes variopintas y la comida, elementos constantes a lo largo de las profusas descripciones que retratan la vida cotidiana de la península por la que viaja en busca de sí misma.

Luego de recorrer España, Italia y Francia, Emilia regresa en octubre de 1950 a Colombia. Al llegar a Bogotá, el barullo estalla en la ciudad: Emilia regresó, se dice en las calles. Todos quieren saber de ella, sus proyectos, su presente y su futuro, esperan la aparición de su columna de opinión. Espera que no fue larga, el miércoles 4 de octubre de 1950 un título sencillo pero apropiado, la cronista retoma su actividad: *Regreso*.

“Regresar a Bogotá tiene sus bemoles, porque la ciudad los tiene y procura convertirlos en sostenidos. Ante todo he de contestar una serie de preguntas

que he escuchado con, muy buen espíritu como dirían las monjas del Sagrado Corazón.

—¿Piensa volver a escribir?

—No sé, realmente no sé; tengo para contestar ocho cartas y es mucho.

—¿En dónde escribirás?

—En papel, si lo hago, aquello de los papyrus no me llama la atención.

—¿Para qué periódico?

—Eso ya es otra cosa: no es escribir, es pasar al público lo que éste quiere que le digan, y el público quiere las cosas más extrañas. (...) Y eso es todo: mañana hablaremos de cosas superficiales o trascendentales” (Pardo, 1950, 4 de octubre, p.5).

Diariamente Emilia compartió su opinión sobre los variados problemas que aquejaban a los lectores, quienes le hacían llegar cartas o se le acercaban en la esquina y le insinuaban que algo debía hacerse con... Ésta actividad se desarrolló con aparente normalidad hasta el 13 de junio de 1953, cuando se forma una coalición liberal apoyada por el conservador Mariano Ospina y las Fuerzas Armadas, lideradas por el General Gustavo Rojas Pinilla, quien asume la presidencia al derrocar a Laureano Gómez. El país recibe a Rojas Pinilla con gran expectativa pues tiene sobre sus hombros la tarea inmediata de pacificar el país, afectado por brotes de violencia en los Llanos Orientales, Antioquia, Cundinamarca, Tolima, Valle y otros departamentos; en los cuales los campesinos forman grupos guerrilleros.

Como consecuencia de estos sucesos el diario *El Siglo*, principal arma de Laureano para ejercer oposición al gobierno del caudillo, es cerrado en septiembre de 1953. Finalizando éste año el gobierno de Rojas Pinilla crea la Dirección de Información y Prensa del Estado (DINAPE), encargada de censurar los comentarios y noticias de los periódicos y radio-periódicos del país, además de suministrar a los medios boletines con noticias oficiales ya redactadas y tituladas.

La censura impuesta por el régimen militar poco a poco coarta la libertad de la prensa nacional, los medios tanto conservadores como liberales, se quedan sin posibilidad de opinar frente a las acciones del gobierno, y constantemente son amonestados. El periódico *El Tiempo*, no es ajeno a esta situación y para el 4 de agosto de 1955 es clausurado definitivamente por el gobierno presidido por el General Rojas Pinilla. En los primeros años del régimen, Emilia, procura sólo hablar de la vida cotidiana, evitando temas políticos que le traigan problemas, después de su experiencia en los años cuarenta con su exilio en el Ecuador, prefiere no repetir errores. Cuando se cierra *El Tiempo* muchos periodistas del país se ven obligados a buscar otras alternativas de trabajo. Los periodistas no eran bien vistos y Emilia, al igual que ellos ve limitados sus ingresos y debe buscar otro empleo, decide, pues, empacar su maleta y encaminarse hacia los Llanos Orientales a administrar la finca de su amigo Manuel María Franco.

Esta aventura tan sólo duró tres meses. A pesar de que Rojas Pinilla sigue en el poder, en noviembre de 1955 nace un nuevo diario llamado *El Mercurio*, empresa periodística que declarándose apolítica buscó llenar el vacío dejado por los medios cerrados. “Mario Laserna, Pedro Gómez Valderrama, Miguel Arbeláez y el suscrito (José Font Castro) fundamos entonces un periódico meridiano, *El Mercurio*, que nació, como se anunció desde el primer día, con el objetivo de ser “una llanta de repuesto para la opinión pública” ante el cierre de *El Tiempo* y *El Espectador*. En los primeros días Emilia me mandó el texto de un aviso suyo donde anunciaba su nueva actividad y, de paso, ponía en venta sus joyas, que aunque no las usaba, eran valiosas, lo mismo que una bella colección de porcelanas. El aviso lo publicamos, pero al mismo tiempo decidimos rescatar a Emilia y traerla a trabajar con nosotros. Vino y restauró su columna” (Font, 2009, mayo).

Sólo le basta ver un ejemplar de *El Mercurio* y Emilia añora sus días frente a la máquina de escribir. El olor a tinta, a papel, puede más que las culebras o el viento de los Llanos y deja de lado su aventura llanera y regresa definitivamente a Bogotá. “*El Mercurio*, que apareció en el instante más difícil para la prensa, se impuso a todos; lo leían superando en mucho el tiraje. Se agotaba con frecuencia inaudita; lo querían los anunciadores y los voceadores. Todas las secciones eran incompletas; se dejaba el buen material para venir a recordarlo veinte días después. Se inventaban secciones que no sobrevivían más de un número por olvido, por desidia. No se publicaban sino aquellas cartas a *El Mercurio* que lo atacaban, o que se iban contra uno de los redactores; las otras, no. No había espacio, nunca había espacio, para nada. (...) sus redactores eran gente feliz” (Pardo, 1956, 17 de marzo, p.4).

Dentro de las páginas de *El Mercurio*, Emilia desarrolla algunos de sus trabajos más interesantes. Junto a José Font, jefe de redacción de *El Mercurio*, desprevénidamente se involucra en la creación de un personaje que cautiva a los lectores. “Emilia, enamorada del nombre de mi empleada del servicio doméstico empezó a escribir una deliciosa crónica semanal que tituló: Diario de una Criada, por Ruperta Cabezas”. Personaje ficticio que le permite, retomando su tono humorístico y a través de un lenguaje onomatopéyico, discutir la nueva realidad bogotana que empieza a desplazar las tradiciones y costumbres señoriales que tanto ha defendido y siente necesarias para la salud de su sociedad.

“Me llamo Ruperta Cabezas ija de vendision de mi padrino Claudiano Cipagauta el que sia ocupao de mi educasion y perfesionamiento.

Mi mama-señora, fue la que obligo a mi mama propiamente dicha, a casarse con mi padre Terencio Pantano ques oriundo de la vereda de IUvita de Boyaca, el ques cuartero de profesion. Pa’ este tiempo hace años quel mentao Terencio y mi mama propiamente dicha viven en Raimiriqui dionde soy oriunda y bautizada, y

dionde es mi padrino el metado Claudiano y los ermanos y ermanas quiálgunos an estudio como yo” (Pardo, 1956, 5 de enero, p.2).

Paralelo a los comentarios de Ruperta, Emilia emprende el desarrollo de una serie de crónicas autobiográficas tituladas *Memorias de un mal periodista*. En ellas, en un tono taciturno, aprovecha para hacer un recuento de su vida, para mirar hacia el pasado y recordar los grandes amigos y maestros, personajes que marcaron profundamente su vida, y los lugares encantadores en los que pasó sus primeros años de vida. Ya con 48 años, Emilia comienza a hacer balance de los días vividos, a partir de este momento en sus escritos se hace sentir el peso de los años, y en un dejo pesimista habla sobre lo mucho que han cambiado las costumbres en Bogotá. Ya no es la joven inquieta de los años treinta, se siente un poco cansada, ya no gusta de entrar en polémicas ni discusiones.

“Esto debe ser síntoma de vejez; el recuerdo, cuando se convierte en una especie de remordimiento, se precisa con frases extrañas “En mis tiempos...”
(...) En mis tiempos... El que recuerda sus tiempos está perdido; no pertenece a las nuevas generaciones.

Lo malo es que yo me he envejecido en poco tiempo, en poquísimo, y la evolución de esta ciudad me coge de sorpresa todos los días. No; no estoy a tono con la hermosa vida moderna, y me parece, como a las bisabuelas de blancos cabellos y pequeñas manías de beatas, que todo va mal” (Pardo, 1955, 10 de diciembre, p.6).

Los días de *El Mercurio* estaban contados, desde el comienzo este diario fue concebido para suplir la ausencia de los medios cerrados por el gobierno; y en febrero de 1956, cuando se publica *Intermedio*, nombre temporal con el que sale al público el diario *El Tiempo*, *El Mercurio* cede el espacio ganado en cinco meses de existencia, hasta que finalmente se cierra en marzo de ese mismo año y Emilia, regresa al diario de los Santos, como la oveja a su rebaño.

El Tiempo es su segunda casa y en ella colabora como cronista durante sus últimos seis años de trabajo y vida. Ésta última etapa está plagada de anécdotas sobre su infructuosa lucha contra delicados quebrantos de salud que la van alejando paulatinamente de las planas de su periódico y el ejercicio reporteril diario. En 1959 en una carta para su amigo José Font, quien se encuentra en Venezuela, Emilia le relata sobre las molestias que le aquejan y su estado emocional.

“A todas estas empezó a ver qué dolor aparte yo tenía continuas ausencias mentales (“lagunas” llamamos eso los borrachos), no me podía enderezar en la cama, si andaba infaliblemente me daba contra algo, mandó hacer un examen de sangre y resultó que tenía apenas 2.000.000 de glóbulos rojos y eso no es. (...) Se habló de “plaqueta”, se habló de Leucemia y a cada análisis los glóbulos rojos

bajaban de cien mil en cien mil... Yo no hacía sino dormir y despertarme para defenderme de que me sacaran de mi apartamento. Pero un zancudo sin sangre pierde sus últimas defensas. Me llevaron a casa de mi mamá: me han metido hierro como para hacer un ferrocarril, no sé qué vaina para el hígado, y otra para tratar de regularizar el corazón que tampoco funciona correctamente, tampoco el riñón lleno de albúmina, se congestionaron los pulmones...

Y Pepe Font esperando que yo fuera a *El Tiempo* a buscar correspondencia y escribiera además... Yo no estaba para marcar “hits” en la prensa de ninguna parte del mundo; el campeonato era más serio” (Pardo, 1959, agosto).

Finalmente el 18 de diciembre de 1961, Emilia Pardo Umaña fallece, no sin antes encender y dar una última bocanada de su amado vicio: el cigarrillo.

En la actualidad, a la hora de hablar de la historia del periodismo colombiano, Emilia Pardo Umaña es un nombre que pocos recuerdan. Aquellos que lo hacen, la nombran como la primera mujer periodista del país, título que se ganó gracias al esfuerzo admirable de redactar sin falta y diariamente, a lo largo de veintisiete años de ejercicio periodístico, una columna crítica y crítica, seria y mordaz; reflejo de su personalidad franca, de su juicio analítico, de su instinto emotivo y a veces exagerado. José Font Castro, periodista, (quien falleció el pasado 8 de abril de 2012), amigo íntimo de Emilia, expresaba que la Pardo Umaña fue una periodista hasta la médula, lo fue hasta la víspera de su muerte, siempre curiosa y audaz.

Emilia fue una mujer única, valiente, revolucionaria, egoísta e inteligente, quien en las décadas del 30 y 40 del siglo XX transgredió espacios reservados sólo para hombres, convirtiéndose con apenas veintisiete años de edad, en la primera mujer reportera de Colombia. Sus logros profesionales fueron muchos: escribió para *El Espectador*, *El Siglo*, *El Tiempo*, tres pilares sobre los que se ha redactado la historia del periodismo nacional; se destacó en el manejo de géneros como la columna de opinión, el reportaje, la entrevista y la crónica de viaje, en las que escribió siempre con sencillez, estableciendo una suerte de confianza con ese lector que buscaba en Emilia un reflejo de su realidad, más sencilla que la que pululaba en las páginas de opinión. Pero el logro más importante, quizá, fue el de romper convenciones sociales y encumbrarse como la primera mujer en estar en una sala de redacción como columnista de opinión y trazar así el camino para que otras mujeres entraran en la vida periodística.

REFERENCIAS

- Cacua Prada, Antonio. (1968). *Historia del periodismo colombiano*. Bogotá: Fondo rotatorio Policía Nacional.
- Del Castillo Pardo, Rosario (2010). Entrevista a Rosario del Castillo Pardo. Manuscrito no publicado.
- El Espectador (1961, 20 de diciembre) Falleció la escritora Emilia Pardo, *El Espectador*, p. 3.
- El Siglo. (1944, 17 de junio) Emilia en El Siglo. *El Siglo*, p. 1.
- Font Castro, José. (1997, 1 de junio). Emilia Pardo Umaña, periodista precursora, Desafío al machismo. *Suplemento Literario El Tiempo*
- Font Castro, José (2009 mayo) Entrevista a José Font Castro. Manuscrito no publicado.
- Hoffman Liévano, Ernesto. (1944). Emilia. *Revista Sábado*, Abril 29, pp. 8 y 14
- Pardo Umaña Emilia. (1942, 7 de julio) La Gitana, *El Espectador*, p.4.
- Pardo Umaña, Emilia. (1937, 10 de julio) Auto-necrología, *El Espectador*, p.8.
- Pardo Umaña, Emilia. (1950, 4 de octubre). Regreso, *El Tiempo*, p. 5.
- Pardo Umaña, Emilia. (1955, 10 de diciembre). En mis tiempos, *El Mercurio*, p. 6.
- Pardo Umaña, Emilia. (1956, 5 de enero). Diario de una criada, *El Mercurio*, p. 2.
- Pardo Umaña, Emilia. (1956, 14 de enero). Memorias de un mal periodista. La casa de los Uribe. *El Mercurio*, p. 8.
- Pardo Umaña, Emilia. (1956, 24 de enero). Memorias de un mal periodista. *El Mercurio*, p. 8.
- Pardo Umaña, Emilia. (1956, 17 de marzo). El Mercurio por dentro, *Intermedio*, p. 4.
- Pardo Umaña, Emilia. (1957, 4 de noviembre) El Tope, *El Tiempo*, p. 5.
- Pardo Umaña, Emilia (1959, agosto). Correspondencia enviada por Emilia Pardo a José Font Castro. Manuscrito no publicado.
- Pardo Umaña, Emilia. (1984). La letra con sangre entra. Compilación de Camándula. Bogotá: Fundación Simón y Lola Guberek.
- Salgar, José. (1999). *Coletilla al fin de Siglo*. Bogotá: Universidad Sergio Arboleda.